



CAPITULO XXIII

La máquina en movimiento

El señor Meagles se ocupó tan activamente de la negociación que Clennam le había confiado, que muy pronto tuvo el asunto en vías de arreglo, y un día se presentó en casa de Clennam á las nueve de la mañana para darle cuenta de su comisión.

—Doyce—le dijo,—está muy satisfecho de la buena opinión que ha formado usted de él, y desea que visite la fundición, á fin de juzgar por sí mismo, y para que puedan ustedes ponerse de acuerdo. Me ha entregado las llaves que guardan sus registros y papeles... las tengo en el bolsillo... y sólo me ha hecho la recomendación siguiente: «Deseo que el señor Clennam sepa todo cuanto yo mismo sé en los asuntos de mis talleres, pues de lo contrario no podría tratar conmigo en condiciones de perfecta igualdad. Si no conseguimos entendernos, ya sé que no abusará de mi confianza, y á no estar seguro de ello, no habría escuchado su proposición.» Supongo —añadió Meagles,—que reconocerá usted en esto á nuestro hombre. ¿No es verdad?

—En efecto, es una persona dignísima.

—Sin duda alguna; es algo excéntrico, pero tiene un carác-

ter muy noble. ¿Creerá usted, amigo Clennam, que me ha hecho pasar toda una mañana con él en ese patio que tiene un nombre tan singular... cómo se llama?

—El patio del Corazón Sangriento.

—Pues bien, he estado toda una mañana en ese dichoso patio antes de poder inducir á Doyce á tratar sobre el asunto de la asociación.

—¿Y por qué?

—Apenas hube pronunciado el nombre de usted, negóse rotundamente á escucharme, diciendo que habían ustedes hablado ya sobre el asunto, aunque sin más objeto que sostener una conversación amistosa; que no era de suponer que usted quisiera hacer formal sociedad con nadie; y que tal vez usted habría creído que sus francas palabras encerraban una añagaza con algún fin interesado, por todo lo cual no quería exponerse á semejante sospecha. «Es imposible, dijo al concluir, es de todo punto imposible.»

—Me parece muy extraño.

—Le digo á usted—prosiguió Meagles,—que es un hombre verdaderamente excéntrico. He necesitado toda la mañana para vencer sus escrúpulos, y no creo que ningún otro hombre lo hubiera conseguido. Al fin le convencí, refutando todos sus argumentos, y entonces me rogó que examinara sus libros para formar mi opinión. Hágalo así y le digo que están en regla. «Entonces, repuso Doyce, sírvase usted facilitar al señor Clennam los medios de practicar su examen; y para que pueda hacerlo con toda libertad, sin temer mi influencia, ma ausentaré ocho días.» ¿Qué le parece á usted del desenlace, amigo Clennam? preguntó Meagles.

—Confieso que me da una relevante prueba de su candor y de su...

—Excentricidad—interrumpió Meagles;—yo también lo creo así; pero en fin, puede usted comenzar el examen cuando guste. Yo estoy encargado de explicarle cuanto puede necesitar explicación, pero en condiciones de la más estricta neutralidad.

Llegada la tarde, Clennam y Meagles se dirigieron al patio del Corazón Sangriento para proceder á la inspección. La vista ejercitada de un hombre práctico en los negocios no podía tardar en descubrir algunas pequeñas irregularidades en la manera que tenía el señor Doyce de llevar sus cuentas, pero implicaban sólo algún ingenioso medio de simplificar ó abreviar un cálculo difícil. Observábase también que había

bastante trabajo atrasado, y que Doyce necesitaba efectivamente con urgencia de ajeno auxilio para proseguir el desarrollo del negocio; pero el resultado de cada una de las empresas desde hacía muchos años, indicábase claramente y era fácil de determinar, reconociéndose en todo la mayor probidad.

Al cabo de tres ó cuatro días de asiduo examen, Clennam tenía ya reunidos todos los datos esenciales, pues Meagles se hallaba siempre á su disposición para ilustrarle en los puntos oscuros. Terminado el trabajo, los dos convinieron en la suma que sería justo ofrecer para obtener una parte igual en los negocios; el señor Meagles abrió el sobre que contenía la nota en que Daniel Doyce fijaba la cifra, y siendo esta inferior á la que Meagles calculó, abrevióse la terminación del asunto; de modo que al regresar Doyce, encontrólo todo hecho.

—Ahora le confesaré á usted—dijo el industrial, estrechando la mano á Clennam,—que yo hubiera podido buscar largo tiempo un socio sin encontrar ninguno que me conviniese tanto.

—Lo mismo le digo á usted—contestó Clennam.

—Y yo diré á los dos—añadió Meagles,—que son ustedes muy á propósito el uno para el otro. Usted, señor Clennam, refrenará á su socio con su buen sentido; y usted, Daniel, se ocupará de la fundición con su...

—Falta de sentido—añadió Doyce con su tranquila sonrisa.

—Llámele usted como quiera—repuso Meagles;—pero de todos modos, cada cual de ustedes será la mano derecha del otro; desde ahora ofrezco la mía á los dos en mi calidad de hombre práctico.

En menos de un mes quedó establecida la sociedad: á Clennam no le quedaba como fortuna personal más que una suma de dos á trescientas libras esterlinas, pero en cambio ofrecíasele una carrera activa, llena de porvenir. Los tres amigos comieron juntos para celebrar tan fausto acontecimiento; los trabajadores de la fábrica, con sus mujeres y sus hijos, estuvieron de fiesta para participar del banquete; y hasta los mismos vecinos del patio del Corazón Sangriento pudieron comer á saciedad.

Después, todo recobró muy pronto en aquel sitio su aspecto ordinario; nada nuevo se veía allí, como no fuese un gran

rótulo pintado en los montantes de la puerta de la fábrica, en que se leía

DOYCE Y CLENNAM.

El pequeño escritorio reservado para Clennam estaba lleno de bancos, útiles, correas y ruedas; algunas trampas abiertas en el suelo y en el techo ponían en comunicación el taller de arriba con el de abajo, formando en esta perspectiva una especie de puente luminoso que recordaba á Clennam el libro de estampas de su infancia, en el que unos rayos semejantes eran testigos de la muerte de Abel. A los ojos de Clennam, toda la fábrica tenía un aspecto á la vez fantástico y l'eno de atractivos, constituyendo para él un agradable cambio.

Cierto día, cuando más ocupado estaba en su trabajo, causóle no poco asombro divisar un sombrero de mujer que parecía subir penosamente la escalera que conducía á su despacho, seguido de otro que avanzaba con más lentitud aún. Levantóse al punto, y vió que el primer sombrero cubría la cabeza de la tía del señor Finching, y el otro la de Flora, que parecía subir la escalera con sumo trabajo.

Aunque no le agradase mucho la visita, Clennam abrió presuroso la puerta de su despacho, apartando á un lado diversos objetos que hubieran impedido á las señoras pasar sin tropiezo.

—¡Bondad divina! Arturo... debería decir señor Clennam, por ser más conveniente... ¡qué ascensión para llegar hasta aquí! ¿Y cómo podremos bajar sin ayuda de alguno de esos aparatos usados por los bomberos en los incendios? ¡cuando pienso que se halla usted entre las máquinas y la fundición sin haberse dignado avisarme nunca!

Esto decía Flora con la mayor agitación, mientras que la tía se rascaba el tobillo con la punta de su sombrilla, por haberse lastimado un poco con alguno de los obstáculos que encontró al paso.

—Ha sido una falta imperdonable—prosiguió Flora,—no haber vuelto á visitarnos desde la última vez que estuvo en casa, por más que ésta no le ofreciese ya ningún atractivo, sobre todo, si pasa más agradablemente el tiempo en otra parte... A propósito, ¿es rubia ó morena? ¿tiene los ojos azules ó negros? No me desagradaría saberlo. De todos modos, estoy segura que debe ofrecer conmigo un contraste notable por todos conceptos, porque yo no soy buena más que para

ocasionar un desengaño. Pero... ¿qué digo, Arturo? No haga usted caso, porque ni yo misma sé lo que hablo.

Clennam ofreció sillas á las dos damas, y Flora se dejó caer en una, dirigiéndole una de sus miradas de otro tiempo.

—¡Cuando pienso que ha llegado usted á ser Doyce y Clennam!—continuó la incansable Flora.—¿Quién será ese Doyce? tal vez un hombre muy recomendable; quizás esté casado y tenga una hija; en cuyo caso ya se comprende la asociación. Sé que no tengo derecho para dirigirle estas preguntas, porque hace mucho tiempo que se rompió la cadena de oro forjada por nosotros.

Flora puso su mano sobre la de Arturo y dirigióle otra de las ojeadas de su juventud.

—Querido Arturo... ¡ah! vea usted lo que es la fuerza de la costumbre... sería más propio llamarle Clennam; usted dispense. Espero que no lleve á mal que haya venido á molestarle; pensé que un pasado marchito ya para nosotros, y que no podría florecer de nuevo, me autorizaba para presentarme aquí con la tía del difunto Finching para felicitarle. Seguramente que esto vale más que la China; está más cerca, y además ocupa usted una posición más elevada.

—Me complace mucho su visita—repuso Clennam,—y le agradezco el buen recuerdo.

—No puedo decir otro tanto—replicó Flora,—pues hubieran podido enterrarme veinte veces sin verle á usted más; pero, en fin, vengo á darle una última explicación.

—Señora Finching...—dijo Arturo, inquieto, al parecer, al oír aquellas palabras.

—No me dé usted ese nombre tan desagradable.

—Pues bien, Flora, ¿será necesario que me dé usted nuevas explicaciones? Parécenme de todo punto inútiles, pues las que me dió usted, me han satisfecho completamente.

La tía del señor Finching intervino en el diálogo, haciendo una «terrible é inexorable» observación.

—En toda la longitud del camino de Douvres se encuentran piedras miliarias.

La tía del señor Finching, que odiaba al género humano, como ya hemos dicho, pronunció estas palabras con tal expresión de encono, que Clennam no supo qué contestar, y miró á la dama con aire desconcertado; pero Flora acogió esta reminiscencia geográfica como una observación muy chistosa, diciendo que la tía era mujer muy enérgica. Esto pareció estimular á la dama, que excitada por el elogio, ó por su viva

imaginación, añadió al punto, fijando su mirada en Clennam, como si sus palabras se refiriesen á él: «¡Que arrostre nuestras iras si se atreve!»

—Le decía á usted—repuso Flora,—que deseaba darle una última explicación. No le hubiéramos molestado á no mediar un motivo que espero considerará usted importante, Arturo... quiero decir señor Clennam, y hasta me parece que debería llamarle Doyce y Clennam.

—Es igual—replicó Arturo;—llámeme usted como quiera.

—Quería decir que cuando su mamá y mi papá rompieron el lazo dorado que nos unía, todo cambió para nosotros, ó al menos para mí, y que cuando acepté la mano del difunto Finching no ignoraba lo que hacía; pero mostrábase tan triste, y hablaba tantas veces del Támesis y de una droga que pensaba comprar en la botica, que quise evitar un funesto desenlace.

—Querida Flora, ya hemos hablado de eso, y le dije á usted que había hecho muy bien.

—Es claro que está convencido de ello, puesto que lo toma con tanta frialdad, por lo cual no puedo censurarle; pero volviendo á Doyce y Clennam, le diré que como las propiedades de papá se hallan aquí, hemos sabido por Pancks la nueva posición que ocupa usted; á no ser por esta circunstancia, seguramente lo hubiéramos ignorado siempre.

—No; no diga usted eso.

—Fuera una debilidad no reconocerlo, Arturo... Doyce y Clennam quiero decir... (esto me gusta porque no ofende tanto mis sentimientos;) yo lo sé muy bien, y usted no puede negarlo.

—Pues yo lo niego, Flora; crea usted que no hubiera tardado en hacerle una visita amistosa.

—¡Sí, sí, ya podía contar con ella! Pero vamos al caso: cuando Pancks nos dió la noticia, resolví venir á ver á usted, con la tía, pues mi papá... algún tiempo antes... había pronunciado su nombre, diciéndome que usted se interesaba por ella, á lo cual contesté yo: «¡Dios mío! ¿por qué no hacerla venir á casa cuando hay trabajo, en vez de enviarlo fuera?»

—¿Ella?—repitió Clennam, sin comprender una palabra de lo que decía.—¿Entiende usted por esto la tía del señor...?

—¡Cómo! ¿Quién ha pensado nunca en dar trabajo á la tía del señor Finching, tomándola á jornal?

—¿Tomarla á jornal? ¿Se trata, acaso, de la niña Dórrit?

—Ciertamente—contestó Flora;—y añadiré que de todos los



El Patriarca avanzaba efectivamente...

nombres extraños que jamás oí, éste es el más singular; me recuerda el campo, una cabaña aislada, el nombre de una jaca favorita, de un perrillo ó de un pájaro.

—Entonces, Flora—repuso Clennam, interesándose de pronto vivamente en la conversación,—eso quiere decir que el señor Casby se ha dignado hablar á usted de la niña Dórrit. ¿Y qué le ha dicho á usted de ella?

—Que usted le había hablado de esa niña con mucho interés, á lo cual le contesté lo que antes le he indicado y nada más.

—¿Nada más?—repitió Arturo, algo contrariado.

—Espere usted; Pancks nos dijo que se había embarcado usted en este negocio, lo cual no hubiéramos creído á no asegurarlo tanto; y entonces rogué á la tía que me acompañase para venir á preguntar á usted si les agradaría á todos que ocupásemos á la niña en casa cuando hubiera trabajo, pues yo sé que también frecuenta la casa de la señora Clennam, cuyo carácter irritable fué causa de que yo me casase con el señor Finching; á no mediar esta circunstancia, tal vez sería yo ahora... Pero, ¡vamos...! ya comienzo á decir tonterías...

—Me da usted una prueba de su bondad al prestar este pequeño servicio—dijo Clennam.

La pobre Flora contestó con una sinceridad que le sentaba mejor que sus ojeadas, que se daba por contenta con haber complacido á Arturo; y dijo esto tan de buena fe, que Clennam hubiera dado mucho por encontrar la Flora de otro tiempo.

—Creo—dijo,—que el trabajo que puede usted ofrecer á la niña Dórrit, y la benevolencia que usted le manifiesta le servirán de mucho alivio.

—¡Oh! puede usted estar seguro que la trataré con bondad—exclamó vivamente Flora.

—Estoy persuadido de el'o. No me creo autorizado á decir á usted lo que sé de esa joven, porque me lo confiaron en circunstancias que me obligan á guardar el secreto; pero sí confesaré que me intereso mucho por esa pobre niña, la cual me inspira un respeto indecible. Su existencia ha sido una larga serie de duras pruebas; su abnegación, su sencillez y su bondad la recomiendan desde luego; y no me es posible acordarme, ni menos hablar de ella sin sentirme conmovido. Por esto podrá usted adivinar lo que yo quisiera decirle al reco-

mendarla á su amistad, por la que doy á usted ahora las más expresivas gracias.

Así diciendo, Clennam tendía la mano para estrechar la de Flora, cuando ésta, fijando de pronto su vista en la entrada del escritorio, y al ver á dos personas que se acercaban, exclamó de pronto, muy satisfecha sin duda por poder comunicar á este incidente, que le recordaba la época de sus amóros con Arturo, cierto carácter de intriga y misterio.

—¡Papá viene! ¡Silencio, Arturo, en nombre del cielo!

Y al pronunciar estas palabras, volvió á su asiento con paso vacilante, imitando á las mil maravillas el de una vestal sorprendida en flagrante delito, y que se siente indispuesta.

El Patriarca, es decir Casby, avanzaba efectivamente hacia el despacho de Clennam, precedido de Pancks, que abrió la puerta del escritorio y fué á situarse en un rincón cuando su señor se hubo sentado.

—He sabido por Flora—dijo el Patriarca con benévola sonrisa,—que pensaba hacerle á usted una visita, y acordándome de ello al salir, he venido á verle.

La serenidad con que Casby pronunció estas palabras, su venerable cabeza y su cabello blanco, hubieran podido producir impresión en cualquiera; y seguramente podía creerse que era un hombre de inagotable bondad y de los más nobles sentimientos, cuando añadió, al tomar la silla que Clennam le ofrecía:

—¿Con que ya le tenemos á usted otra vez en los negocios, señor Clennam? Le deseo á usted prosperidad y toda clase de felicidades.

—La señora Finching acaba de manifestarme—dijo Arturo (Flora protestó contra el uso de este nombre,)—que piensa ocupar algunas veces á la joven costurera que usted recomendó á mi madre, y acabo de darle gracias.

Como el Patriarca volviese la cabeza hacia Pancks, cual solicitando su ayuda para contestar, éste cerró la cartera de apuntes que consultaba en aquel momento, y repuso:

—Ya sabe usted que no ha recomendado á nadie, porque no puede hacerlo, pues no conoce á la interesada ni por Eva ni por Adán; le han dicho á usted el nombre de esa costurera, usted lo ha dado á conocer, y á esto se reduce todo.

—Pues bien, como esa joven es digna de todas las recomendaciones, esto no implica...

—Usted se alegra de que se conduzca bien—añadió Pancks, hablando siempre con el Patriarca,—pero nadie podría cul-

parle si la niña se portase mal; usted no ha salido fiador de ella, puesto que no la conoce.

—¿De modo que la familia de esa joven le es á usted completamente desconocida?—preguntó Clennam maquinalmente.

—¿Su familia?—replicó el intérprete Pancks.—¿Cómo ha de conocer usted á su familia, señor Casby? Usted no ha oído hablar nunca de ella; y, por lo tanto, mal puede conocer á personas cuya existencia ignora. Esto es evidente.

Durante este diálogo, el Patriarca sonreía, haciendo una señal afirmativa ó negativa según que Pancks decía sí ó no.

—En cuanto á dar informes sobre las personas—continuó el intérprete, hablando en nombre de Casby,—ya se sabe que esto es una farsa. Vea usted sino nuestros inquilinos del Patio del Corazón Sangriento; todos se hallan dispuestos á dar buenos informes unos de otros, si se les piden; pero ¿de qué sirve esto? No es nada ventajoso que nos engañen dos personas; basta con una: un individuo insolvente presenta por fiador á otro que lo es también; esto viene á ser como si un inválido con piernas de palo presentase á otro que las tuviese iguales, para garantizarle á usted que las de su compañero son de carne y hueso. Ni uno ni otro se perjudican por ello, y al fin y al cabo, cuatro piernas de madera entorpecen más que dos, cuando ya sobraría con una.

El intérprete calló al decir esto, como para tomar aliento.

La tía del señor Finching, inmóvil en su silla como una estatua, aprovechó aquel momentáneo silencio, y después de agitarse violentamente, cual si quisiera producir más efecto, emitió con increíble animosidad la observación siguiente:

—Nadie podría fabricar una cabeza provista de cerebro con una bola de cobre vacía; no hubiera usted podido hacerla en vida de su tío Jorge, y por lo tanto, ¿cómo la haría ahora que está muerto?

Pancks contestó al punto con su calma habitual:

—A decir verdad, señora, me admira usted.

Las palabras de la tía del señor Finching produjeron mal efecto en los oyentes, en primer lugar porque no podía dudarse que la dama aludía á la inofensiva cabeza de Clennam, y además porque á ninguno le era dado adivinar quién sería aquel tío Jorge, aquel personaje misterioso que la tía del señor Finching evocaba continuamente.

Flora hizo notar que la anciana parecía muy animada, y que sería conveniente retirarse, pero la tía tomó tan á mal

esta proposición, que profiriendo varias palabras injuriosas, aseguró que no quería marcharse.

—Si *él* (este pronombre demostrativo indicaba claramente á Clennam,) quiere librarse de mí—dijo la vieja,—que me arroje por la ventana. ¡Quisiera verlo; que venga si se atreve!

En esta situación crítica, el buen Pancks, siempre á la altura de las circunstancias cuando se trataba de dificultades que pudieran afectar al Patriarca, calóse el sombrero, abrió con suavidad la puerta del despacho, y salió para volver silenciosamente un momento después, impregnado de una frescura artificial que podía hacer creer que acababa de pasar algunas semanas en el campo.

—¡Oh! señora—exclamó dirigiéndose á la tía del señor Finching,—¡qué agradable sorpresa! ¿Es usted á quien encuentro aquí? ¿Cómo va, señora mía? ¡Hoy está usted hermosa como un sol! Me alegro mucho de verla. Tenga usted la bondad de darme el brazo, é iremos á dar un paseito juntos.

Con estas palabras, Pancks consiguió sacar de allí á la tía del señor Finching sin que ésta se opusiese, y entonces Casby se levantó muy satisfecho, como si él fuera quien hubiese conseguido aquel triunfo; despidióse de Clennam y salió, dejando detrás á su hija, que aprovechando la oportunidad, dijo á Arturo con ademán misterioso:

—Hemos apurado hasta las heces la copa de la vida, en cuyo fondo se halla el difunto Finching.

Una vez solo, Arturo Clennam sintió renacer sus primeras inquietudes respecto á su madre y á la niña Dórrit, evocando involuntariamente sus antiguas dudas y sospechas. Cuando más absorto estaba en sus reflexiones, revisando á intervalos sus cuentas, observó que una sombra se proyectaba en sus papeles, y al levantar la cabeza vió en el umbral de la puerta á Pancks que con un movimiento de cabeza preguntaba si podía entrar. Clennam contestó con una señal afirmativa, y entonces el agente de Casby se adelantó hasta tocar el pupitre de Arturo, produciendo ese ronquido que le era peculiar.

—¿Se ha calmado ya la tía Finching?—preguntó Clennam.

—Sí, señor.

—Tengo la desgracia de excitar siempre en esa señora una extremada animosidad. ¿Sabe usted por qué?

—¿Lo sabe ella misma?

—Presumo que no.

—Pues yo también lo supongo.

Pancks cogió su cartera, abrióla y cerróla sucesivamente,

la dejó caer en su sombrero, contemplándola después con aire reflexivo, y dijo al fin:

—Señor Clennam, necesito informes.

—¿Respecto á la fundición?

—No, señor.

—Entonces, ¿sobre qué? ¿Soy realmente yo quien puede dar esos informes?

—Sí, señor; á usted es á quien debo pedirlos, aunque ignoro si podrá inducirle á dármelos. A, B, C, D, DA, DE, DI, DO; orden alfabético; Dórrit... he aquí el nombre, caballero.

Pancks comenzó á morderse las uñas de la mano derecha; mientras que Arturo fijaba en él una mirada interrogadora.

—No le comprendo á usted, Pancks—dijo Clennam.

—Los informes que necesito se refieren á ese nombre.

—¿Y cuáles desea?

—Todos los que pueda usted proporcionarme.

—He aquí una visita singular, señor Pancks; me parece bastante extraordinario que se dirija usted á mí para eso.

—No diré que no, pero esto no impide que se trate de un negocio, que puede ser muy lucrativo. Yo soy hombre de negocios y de ellos me ocupo. ¿Para qué estoy en el mundo, sinó?

Clennam observó la fisonomía de su interlocutor, preguntándose una vez más si aquel hombre seco y duro hablaba formalmente; pero Pancks, siempre tan sucio, tan desaliñado, tan inquieto y tan listo, no indicaba por su aspecto que sus palabras no fuesen sinceras.

—Por de pronto—añadió el agente,—para evitar una mala inteligencia en este asunto, le advertiré que mi propietario no tiene que ver nada en él.

—¿Se refiere usted al señor Casby?

Pancks hizo con la cabeza una señal afirmativa y añadió:

—Repito que mi propietario no tiene nada que ver en esto; yo no me opongo á las suposiciones de usted, y me limito á decirle que he oído pronunciar un nombre... el de una joven á quien el señor Clennam desea favorecer. Ahora bien, suponga usted que Plornish ha dado ese nombre á mi propietario; que yo he ido á ver á Plornish para pedirle informes, diciéndole que se trata de un negocio; que este individuo, aunque tiene un atraso de seis semanas de alquiler, ha rehusado facilitarme los informes, así como también su señora; y que los dos, en fin, me han dirigido á usted.

—¿Qué más?

—Pues bien, suponga usted ahora que vengo para hablarle y que estoy delante de usted.

—Señor Pancks—replicó Clennam,—sin querer penetrar el fondo del misterio, le hablaré con toda franqueza; pero permítame dirigirle antes dos preguntas. En primer lugar...

—¿Cuál es el motivo, eh?—interrumpió Pancks.

—Justamente.

—Mi motivo es bueno, y nada tiene que ver con mi propietario; no puedo explicarlo en este momento, porque parecería ridículo, pero le repito que es bueno y que implica el deseo de hacer un favor á la joven llamada Dórrit. Admita usted sin contestación que el deseo es bueno.

—Muy bien; sepamos ahora qué desea usted averiguar.

El agente Pancks, que había vuelto á coger su cartera antes de que Clennam le dirigiese la pregunta, guardóla en su bolsillo, se abrochó la levita, y mirando fijamente á su interlocutor, le contestó:

—Necesito todos los informes que sea posible obtener.

Clennam no pudo reprimir una sonrisa al observar la ansiedad con que el agente esperaba los detalles; y también notó en Pancks cierto afán que le inducía á hacer muchas suposiciones; pero después de reflexionar un poco, resolvió dar al agente todos los pormenores que se creía autorizado á comunicar, persuadido de que él buscaría por otra parte los que le faltaran.

Después de recordar á Pancks su declaración voluntaria, de que Casby no tenía nada que ver en el asunto; y que su curiosidad, por otra parte, era hija de las mejores intenciones, Clennam aseguró que no sabía nada de la genealogía de los Dórrit, ni de los sitios que habían habitado en otro tiempo; y que sólo podía decir que la familia constaba únicamente de cinco individuos, es decir, dos hermanos, uno de los cuales era célibe, y el otro viudo con tres hijos. Clennam indicó además al agente la edad de cada cual, y dióle á conocer la situación del padre de la Mariscalía, así como la época en que fué encarcelado y las circunstancias que habían contribuido á ello.

Pancks, roncando á más y mejor, á medida que se interesaba en estos detalles, escuchó el relato con la mayor atención, y al parecer satisfizole mucho el dato referente á que Guillermo Dórrit hubiera estado en la prisión tanto tiempo.

—Y ahora, señor Pancks—dijo Clennam,—réstame sólo hacerle una advertencia, y es que tengo razones muy poderosas

para hablar lo menos posible de la familia Dórrit, sobre todo en casa de mi madre (Pancks hizo una señal afirmativa,) y que deseo saber todo cuanto á ella se refiera. Un hombre de negocios tan hábil como usted...

—Esto no es nada—interrumpió Pancks.

—Quiero decir que un hombre de negocios como usted debe saber lo que es un trato leal, y yo deseo que hagamos uno. Usted me dará cuantos detalles pueda obtener acerca de la familia Dórrit, como yo le he dado los que conocía. Tal vez forme usted de mí una opinión poco lisonjera al ver que no le he impuesto mis condiciones de antemano; pero hago de esto un punto de delicadeza, pues le aseguro que he visto desplegar tanta habilidad en los negocios, que he llegado á disgustarme.

—Trato concluído, caballero—dijo Pancks sin poder reprimir una sonrisa,—ya verá usted cómo yo no falto á lo pactado.

El agente permaneció silencioso algunos minutos, mirando á Clennam y mordiéndose las uñas: era evidente que trataba de grabar en su memoria los informes que le había dado Clennam, repasándolos por si acaso incurría en un olvido.

—¡Bueno!—dijo al fin,—ahora me retiraré con permiso de usted, porque hoy debo ir á cobrar los alquileres en el Patio del Corazón Sangriento... A propósito... ¿y aquel extranjero cojo con su bastón?

—¡Ah! veo que no se descuida usted en tomar informes—dijo Clennam.

—Es muy natural—repuso Pancks;—tomar todo lo que se pueda y conservar lo que no sea preciso devolver es el secreto de los negocios. El extranjero cojo quiere alquilar una habitación en nuestro Patio, y yo me digo si tiene con qué pagar.

—Advierta usted que yo tengo para pagar, y respondo de él.

—Esto basta; lo que yo necesito—replicó Pancks, escribiendo una nota en su cartera,—es una garantía. El pago ó la fianza: esta es mi orden. El extranjero cojo me dijo que usted le enviaba, pero también hubiera podido decirme que le recomendaba el gran Sultán. Creo que ha salido del Hospital...

—Sí; sufrió un accidente.

—Pues cuando un hombre sale del Hospital—replicó Pancks,—generalmente pide limosna; he visto muchos casos.

—Y yo también—dijo Clennam fríamente.

Tomo I.—17

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

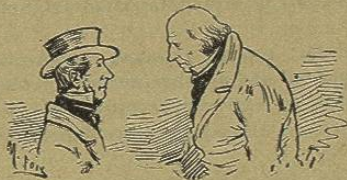
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

El agente se retiró al punto, sin añadir una palabra, bajó presuroso la escalera, y á los pocos segundos hallábase ya en el Patio del Corazón Sangriento, donde casi en seguida pudo observarse una gran agitación. El sombrío Pancks corría de un lado á otro escandalizando á los inquilinos que no podían pagar, pidiendo garantías, y amenazando con la expulsión y el embargo á los morosos; por todas partes reinaba la consternación que infundía la cólera del agente; sólo se oían excusas, quejas y recriminaciones; pero Pancks quería dinero contante y sonante. Dos horas después de marcharse Pancks, aun no se había calmado la agitación producida por su presencia en los inquilinos del Patio del Corazón Sangriento.

Aquella misma tarde, los vecinos formaron grupos, y todos estuvieron acordes en la opinión de que un caballero como el señor Casby no debía servirse de un agente tan cruel é inexorable como Pancks.

En la misma tarde y á la misma hora, el Patriarca, que había cruzado por el Patio del Corazón Sangriento antes de la agitación de que hemos hablado, decía á su agente:

—Mal día, señor Pancks, mal día; ¡creo que hubiera usted podido arreglarse mejor para traer mucho más dinero!



CAPITULO XXIV

La buena ventura

La niña Dórrit recibió la visita de Plornish en la propia tarde del día de que acabamos de hablar. El albañil deseaba decirle dos palabras en particular, según lo dió á entender hábilmente por medio de una serie de golpes de tos tan poco naturales, que para no fijar la atención en ellos era preciso que el decano, tratándose del trabajo de costura de su hija, confirmara el antiguo adagio que dice: «no hay peor sordo que el que no quiere oír.» Plornish obtuvo de este modo sin dificultad una audiencia en la escalera del piso paterno.

—Hoy ha venido á casa una señora—dijo Plornish á la niña Dórrit con malhumorado acento,—acompañada de una vieja bruja cual nunca he visto...

Plornish hizo una pausa como para alejar de sí el recuerdo de la tía del señor Finching, y añadió: